

LOS EMISARIOS DE LAS DOS MARQUESES

La noche de aquel día, á eso de las nueve, todas las hermanas agustinas, en número de quince, más la señora de Thibault, Blanca de Lagardère-Nevers y Luisa Moutier, hallábanse reunidas en la capilla para rezar las oraciones que preceden inmediatamente al descanso.

Arrodilladas sobre el mismo suelo, como lo exigía la regla, las asistentes oraban en silencio, permaneciendo en completa inmovilidad para eludir la menor distracción. Sólo sus labios estaban agitados por un movimiento continuo y regular que producía un ligero susurro, como un retañir de alas de insectos invisibles.

El lugar estaba iluminado por una pequeña lámpara suspendida del coro, la cual despedía esa luz pálida tan propicia al recogimiento de los santuarios.

Un poco delante del grupo que formaban las cano-

nesas, hallábase la superiora, teniendo tras sí á Blanca y á Luisa.

Los rostros dulces y puros de ambas muchachas, radiantes de gracia juvenil, contrastaban extraordinariamente con los de las religiosas, cuyas facciones, marchitas antes de tiempo por la austeridad del claustro, parecían tener rigidez marmórea.

En el fondo de la capilla estaba la señora de Thibault, con el rostro medio incrustado en su libro de oraciones.

Á su lado se hallaba sor Benita, con la cual, de cuando en cuando, volviendo rápidamente la cabeza, cambiaba una seña furtiva de inteligencia.

La arrugada faz de la anciana, de ordinario sin resplandor y como inanimada, parecía en aquel momento iluminada por una expresión rayana en felicidad.

Parecía cual si entreviera, más allá del mundo material, cosas que la sedujesen.

Terminada la oración, levantóse todo el mundo, disponiéndose á abandonar la capilla.

Antes de marcharse, las dos jóvenes fueron á pedir el beso de la noche á la superiora, como acostumbraban á hacerlo.

Ésta besó con igual ternura á las dos; sin embargo, sus labios se posaron más tiempo en la frente de Luisa que en la de Blanca.

— Á usted, niña querida, la beso en nombre de su madre — dijo con conmovedora.

— ¡No es usted *mi madre*? — exclamó Luisa con acento dulce y triste, aludiendo al dictado que se da á la superiora de un convento.

— Tiene usted razón, hija mía — soy su madre... en Dios... Váyase, monina, váyase...

Y cual si la abadesa temiera que la huérfana notase la turbación súbita que acababa de apoderarse de ella, la empujó suavemente para que se retirase.

Luisa salió en seguida con Blanca.

Pero el andar de las dos amiguitas, generalmente muy ligero, era aquella noche algo tardo.

Creyérase que estaban rendidas de cansancio.

— ¡Cuán cansada estoy! — exclamó Luisa — ganas tengo de reposarme.

— Lo mismo yo — observó Blanca — y esto me fastidia; hace ya media hora que lucho con el sueño.

— Sin duda, nuestro abatimiento será efecto de la tormenta que se ha desencadenado esta noche.

— Sí, eso debe de ser, querida Luisa; pero, aunque en ti parece natural el efecto, en mí lo encuentro muy extraño, pues siempre que el tiempo está cargado como hoy, experimento, al contrario, una revolución nerviosa y me hallo sobrecitada.

Volvamos pronto á casa — añadió riendo — de lo contrario vamos á quedar dormidas en el camino.

Entonces, apresuraron la marcha, Luisa, para ir á la celda que, por favor especial, pues no era de la congregación, ocupaba al lado de la superiora; y Blanca, para llegar á su cuarto, sito en el ala izquierda del edificio.

Las hermanas, por su parte, evacuaban la capilla.

También ellas parecían sufrir un principio de lasitud, que al igual de las niñas, atribuían á la pesadez de

la atmósfera, y se apresuraban á subir á sus respectivas celdas.

La señora de Thibault fué una de las primeras en desaparecer.

La abadesa se encontró sola.

Sola no, había también una hermana que, á pocos pasos de ella, permanecía absorta en su oración.

— ¿Sor Verónica? — gritó la priora.

Acto seguido, la que llevaba ese nombre, levantó la cabeza, que tenía inclinada hacia el suelo, y, notando que las demás hermanas no estaban ya allí, se creyó en el deber de retirarse también.

La superiora estaba colocada de tal modo, que sor Verónica no podía salir sin pasar por delante de ella.

En el momento en que ambas mujeres se hallaron á la misma altura, tropezaron sus miradas, y una y otra tuvieron un movimiento instintivo de retroceso; pero, apenas fué perceptible tal movimiento, y consiguiendo dominarse, se dirigieron una inclinación de cabeza, tras lo cual se alejó sor Verónica.

— ¡Dios mío! — murmuró entonces la abadesa — escuchad la súplica que ha tanto tiempo os dirijo: concededme el olvido de lo pasado, y cerrad mi corazón al resentimiento; ¿tendré que acordarme siempre de que me llamaba Marina Moutier y de que Bathilde de Wendel fué enemiga de Felipe? ¿Habrán de despertarse siempre en mí tan remotos recuerdos, al ver á esa mujer?

Al terminar esas palabras, meditó algunos minutos, y después, dirigiéndose á la salida de la capilla, tras-

ladóse á su celda, donde no tardó en entregarse al descanso.

Profunda paz reinaba entonces en el convento. El sueño acababa de cerrar los párpados de las que en él residían, y que descansaban allí confiadas en la seguridad que les garantizaba la santidad del lugar.

La morada del tío Tanguy componíase interiormente de una habitación que le servía á la vez de comedor y dormitorio, y de un pequeño local contiguo, en donde el buen hombre guardaba trastos viejos.

Como el jardinero tenía que alojar dos ó tres días á su sobrino, no encontró nada más á propósito que ese local para albergarlo.

— Tal vez no sea esto muy cómodo — había pensado; — pero, para un muchacho como Joson, poco acostumbrado al regalo, ya es lo suficiente.

Esa opinión fué también la del joven de Quimperlé, que pareció acomodarse perfectamente en el chiribitil, y por la noche, acostóse vestido, en una especie de colchón que le había fabricado su tío, emborrandó un saco ancho con un haz de paja.

Hasta las doce, permaneció Joson en completa inmovilidad. Pero, á esta hora, enderezóse en su lecho, escuchó por la parte del cuarto del jardinero, y al oírlo roncar profundamente, abandonó rápidamente el saco, poniéndose en pie.

El cuartucho no tenía más salida que la habitación en que dormía su tío, y no recibía más luz que la infiltrada por una claraboya practicada en el tejado.

Pero, el cristal de la claraboya era móvil, y podía abrirse y cerrarse á capricho por medio de una varilla de hierro que se unía á su parte inferior.

Joson agarró esta varilla, alzóla todo lo largo de su brazo, y consiguiendo colocar el cristal en posición vertical, es decir descubrir completamente el hueco, sujetó el extremo de la palanca contra uno de los ángulos del bastidor, de manera que no se cerrase la abertura.

Lanzándose luego de un salto, asióse con ambas manos á los bordes del tragaluz, y á pulso, se elevó hasta que su barba se hallase á la altura del tejado.

Permaneció medio minuto en esa posición, examinando atentamente los alrededores. Luego, seguro de que todo se hallaba en perfecta tranquilidad, realizó un nuevo esfuerzo, franqueó por completo la abertura, y, con agilidad de ardilla, saltó á la huerta.

Si el tío Tanguy hubiera visto entonces á su sobrino, costárale trabajo reconocerlo.

No era ya el palurdo de Bretaña, el aldeano de la mañana cuya fisonomía expresaba la supina necedad de los rústicos.

Ahora era un personaje vivo y avisado, de facciones inteligentes y astutas.

— ¡Ah! — exclamó, con verdadera satisfacción, así que hubo tocado el suelo — por fin puedo ser quien soy. ¡Vaya un oficio que me obliga á ejercer Lebel! Menos mal que pagará en consecuencia.

El tiempo continuaba siendo tormentoso: sin embargo empezaba á aclararse el cielo, y, á veces, entre

los anchos desgarrones de las nubes, aparecían los pálidos cuernos de la luna menguante.

Joson Miroux alzó la vista hacia el firmamento.

— ¡Maldita sea esa indiscreta! — exclamó — ¡Bien se podía guardar sus cuernos una hora más! La tarea que voy á ejecutar pide oscuridad y no luz; si me cogieran, que me ahorquen si sabría cómo explicar mi expedición nocturna!

Púsose en marcha, atravesó la huerta y penetró en el jardín de recreo, parte del cual rodeaba el ala izquierda del edificio. Al llegar cerca de esta ala, escondióse tras un árbol y examinó la mole de piedra que tenía ante sí.

— Veamos, reflexionemos — dijo para sus adentros. — Según me han dicho, ahí es donde habitan las personas extrañas al convento. Por lo tanto, ahí debe de estar la palomita. Pero, ¿qué medio podré emplear, primero, para penetrar hasta donde ella esté; segundo, para raptarla sin que se enteren... en el acto?

Paréceme que esto ofrece dificultades bastante grandes.

¡ Y pensar que sólo tengo tres días para conseguirlo ! porque es indudable que esa mala pécora de superiora no permitirá que me quede yo más tiempo aquí. Y mucho es que haya consentido en concederme ese plazo, tanto más, cuanto qui me parece que no está muy convencida de mi parentesco con el viejo.

¡ Demonio! Mal negocio sería para mí un fracaso. No sólo la pérdida de mi fama de sabueso fino, sino también la de los dos mil escudos que debo cobrar en caso

de feliz resultado. Sí, nada menos que dos mil escudos contantes y sonantes que voy á perder.

De repente, interrumpió sus reflexiones y se ocultó aún más detrás del árbol que le protegía.

Una mujer acababa de salir del claustro y se dirigía de prisa hacia la tapia del cercado. Al llegar á ésta, la vió coger una escalera que yacía en el suelo y que servía al tío Tanguy para usos del jardín, apoyar uno de sus extremos contra la cresta de la tapia, y subir velozmente por ella.

— ¿Qué quiere decir esto? — preguntóse, muy intrigado, el bretón.

Después de subir, la mujer, hasta el último escaión, se hallaba á demasiada altura para poder saltar desde allí.

Miró á su derecha, hizo con la mano un movimiento que debía de ser una seña; volvió á bajar por la escalera, y tomó de nuevo el camino del claustro.

Cada vez más asombrado, el joven seguía atentamente todos los movimientos de la desconocida.

Lo primero que notó es que no llevaba hábito religioso. Por lo tanto, debía de ser persona extraña al convento.

Pero, ¿á qué rara ocupación se dedicaba en aquel momento?

¿Estaría, acaso, retenida por fuerza en el convento é intentaría evadirse?

Lo que más sorprendía á Joson eran las pocas precauciones de que parecía rodearse para cumplir lo que meditaba.

No trataba en modo alguno de esconderse. ni de ahogar el ruido de sus pasos, que él oía claramente y que, en consecuencia, podía ser también oído por otras personas.

¿No temería, pues, que vinieran á oponerse á sus proyectos?

La mujer estaba ya á poca distancia del edificio, en el cual se disponía á entrar, cuando, al pasar bajo un rayo de luna, quedó su rostro iluminado de lleno, y sus facciones aparecieron á Joson en sus menores detalles.

— ¡Teresa Vignon! — exclamó á media voz, á pesar suyo. — ¡Teresa en el convento de Picpus! Esto me indica que ocurre ó va á ocurrir algo extraordinario.

Por sorda que fué la exclamación, rompió no obstante el gran silencio de la noche y llegó hasta la desconocida, que se detuvo, dirigiendo miradas inquietas por el jardín.

— ¡Qué torpe soy! — dijo Joson; — he hablado alto sin querer, y ya estoy despistado.

La mujer permaneció un rato inmóvil en el mismo sitio, con los ojos clavados en la dirección del árbol que ocultaba al hombre y, en fin, se encaminó directamente hacia él.

— ¡Lo siento! — dijo éste; — y puesto que ahora no tiene más remedio que descubrirme, prefiero ahorrarle la mitad del camino. Además, somos antiguos amigos, y tal vez podan. os entendernos.

Salió de su escondite y se acercó al encuentro de la paseante nocturna.

Detúvose á dos pasos de ella.

— ¿Qué demonios haces en Picpus, Teresa? — le preguntó. — ¿Piensas hacerte monja para expiar tus pecados?

— ¡Rigoberto! — exclamó, estupefacta, la mujer.

— Sí, el mismo, Alcides Rigoberto, uno de tus antiguos adoradores.

— Pero, ¿por qué casualidad te encuentras aquí, y con ese traje de aldeano?

— ¿Y por qué te veo, Teresa, ocupada en subir por la escalera y dirigir señas afuera?

Una pausa siguió á ese cambio de preguntas.

Nuestros dos personajes, á quienes, en lo sucesivo, designaremos por los nombres que acaban de darse, se miraban mutuamente.

Antes de contestarse, veíase que querían saber la confianza que podían tener uno en otro.

Es probable que quedasen ambos satisfechos de su recíproco examen, puesto que dijeron, casi al mismo tiempo.

— Voy á explicarte mi presencia en este lugar, Rigoberto.

— Vas á saber por qué me encuentro en Picpus, Teresa, con estos vestidos de rústico. Pero, para hablar, es mejor irnos á la oscuridad del jardín. En donde estamos, hay demasiada luz y podría vernos alguna hermana á quien se le ocurriera asomarse á la ventana para tomar el fresco.

— ¡Oh! ¡no! por esa parte nada tenemos que temer — replicó Teresa en tono algo irónico. — Sin embargo, si lo deseas, vamos á la oscuridad.

Pusiéronse pues á cubierto, y divisando un banco colocado entre cinco árboles, tomaron en él asiento, uno al lado de otro.

— Ahora, — dijo Rigoberto — cuéntamelo todo.

— La cosa es muy sencilla. En este convento hay una joven cuya belleza ha llamado la atención de Zeno, veneciano de gran mérito, el cual ha encargado á la marquesa de Coislin que se la ofrezca al rey para adquirir más su favor... y yo soy la encargada de sacarla de aquí... todo lo astutamente posible.

— ¡Ah! — exclamó Rigoberto — ¡Pues bien! Escucha mi historia. Es tan simple como la tuya. Hay en este convento una joven cuya belleza ha llamado la atención de la marquesa de Pompadour, la cual quiere ofrecérsela al rey para conservar su favor, y á mí me han encargado sacarla de aquí... todo lo astutamente posible.

— ¿Qué me dices?... ¿Luego estamos cazando en las mismas tierras?

— Así parece, amiga mía. Además, ahora lo sabremos. ¿Cómo se llama la joven que tú debes raptar?

— Luisa Moutier.

— En ese caso, no nos hacemos la competencia. La mía se llama Blanca de Lagardère Nevers.

— ¿La hija del duque?

— La misma que viste y calza. ¡Ah! la Pompadour no quiere cosas vulgares... Le gusta lo escogido... Y me alegro que no persigamos la misma caza.

— ¿Por qué?

— ¡Toma! pues porque hubiera sido preciso que uno de nosotros abandonase el campo al otro.

— En efecto, y lo hubiera sentido por ti, Rigoberto.

— No; por ti, cara Teresa; puesto que yo no estaba dispuesto á abandonar el negocio, que debe proporcionarme buen número de escudos.

— ¿Y crees que yo lo hubiera estado?

— En ese caso, querida, hubiérame visto forzado á impedir que me estorbases.

— Á menos que fuera yo quien te apartase de mi camino.

— ¿Y cómo?

— Quizás del mismo modo que tú me hubieses apartado á mí. La verdad, querido, tienes poca memoria. ¿Te olvidas de que no me arredran los obstáculos y que אניקילו á los que se me ponen delante?

— Lo mismo te digo yo; y creía que me conocías lo bastante para saber que no me dejo fácilmente despistar del camino que ha de conducirme á lo que deseo.

— Sí, es cierto; sé que Alcides Rigoberto, antiguo cómico ambulante, expulsado de su compañía, renegado de sus hermanos por haber sido sorprendido varias veces robando abrigos y cortando bolsillos en el Puente Nuevo y aun echando el lazo (1) á los que le oponían resistencia, es muchacho audaz y resuelto, de corazón de bronce y alma sin escrúpulos. Pero también

(1) Algunos salteadores que operaban en el Puente Nuevo iban provistos de un lazo que arrojaban al cuello de sus víctimas para estrangularlas, cuando éstas trataban de defenderse ó de pedir socorro.

sé que Teresa Vignon, aquí presente, no le va en zaga en cuanto á esto.

— Por eso, querida, soy muy justo contigo, y la mencionada Teresa Vignon, nigromante, echadora de cartas, etc... ha demostrado en varias circunstancias, para complacer á sus clientes, que sabía admirablemente llevar á buen fin los asuntos delicados que le encomendaban... cualesquiera que fuesen las dificultades que tuviera que vencer. Su casita á orillas del agua, cerca del *Pont-au-Double*, podría atestiguarlo. Hay en ella, lo recuerdo, un cuarto, instalado en la planta baja, casi al nivel del Sena, del que nunca se vió salir á los que en él entraron. De ese modo han desaparecido el conde de T... el caballero de R...

— ¡Calla, Rigoberto! — dijo imperativamente la Vignon, poniendo la mano en la boca del joven. — Aunque no hay miedo de que nos oigan, no hay necesidad de tratar de esas cosas aquí.

— Sólo hablaba, Teresa, para probarte que yo también sé á qué atenerme respecto de ti.

— Bueno, basta, te digo.

— Bien. Además, hay que confesarme que somos muy tontos los dos en tratar de disputarnos; puesto que acabamos de reconocer que nuestras operaciones son completamente distintas y que no nos perjudicamos absolutamente en nada.

— Es verdad.

— Por lo tanto, si quieres creerme, valdría más intentar ayudarnos mutuamente... como lo hacíamos, hace cuatro años, en la época en que, como diría Delille,

el poeta de moda, el diosencillo maligno nos encadenaba bajo sus leyes. Porque nos amábamos, como, supongo, no lo habrás olvidado.

— No, no lo he olvidado — repuso la Vignon con un suspiro de pesar y dirigiendo una mirada tierna á Rigoberto, quien, no obstante su fisonomía astuta, no dejaba de ser lo que las mujeres llaman un guapo mozo.

— Me llevé un gran disgusto, te lo aseguro, al abandonarte tan bruscamente, querida mía. Sin embargo, fuéme imposible proceder de otra manera. De la noche á la mañana, el señor Lebel, superintendente del Parque de los Ciervos, á quien me habían recomendado por mis facultades particulares, me nombró agente efectivo de su « brigada de investigaciones », y en calidad de tal, me obligó á emprender numerosos viajes por todas partes. Ya ves, que no fué culpa mía, y que no debes guardarme rencor... Para volver á lo que nos ocupa, te decía, pues, que podríamos tal vez, ayudándonos recíprocamente, llegar más fácilmente á la ejecución de nuestros respectivos proyectos.

— Mucho me agrada, Rigoberto, si bien mi cometido se halla ya demasiado avanzado para que necesite reclamar tu ayuda.

— Tienes mucha suerte; mi misión apenas lo está, hasta ahora. Lo más que he podido hacer es penetrar en Picpus, gracias á este disfraz. En cuanto á lo demás...

Y el joven dejó ver un mohín que significaba que esperaba de la casualidad le proporcionase los medios de terminar su empresa.

— Pero, en fin de cuentas, — preguntó la Vignon, —

¿cómo has conseguido burlar la vigilancia del tío Tanguy, verdadero cerbero, si los hay?

— Pasando por sobrino suyo.

— ¡Sobrino suyo!... ¿Luego tiene un sobrino?

— Así parece.

— Evidentemente, no lo sabía él, pues, ayer mismo, me confesó que no tenía familia.

— Así lo creía él. ¡Y, no obstante, tiene un sobrino... que soy yo!

— ¡Bah!... Explicate...

— Sería demasiado largo. Ya te lo contaré más adelante. Bástete saber que mi antiguo talento de cómico me ha ayudado mucho, en estas circunstancias, para sustituir al verdadero sobrino, que existe... Y tú, Teresa, ¿cómo has podido franquear el umbral de esta fortaleza?

— ¡Oh! de una manera mucho menos complicada. Fui á ver á una docena de curas, y á cada uno le dije lo siguiente :

« Pesan en mi conciencia algunos pecados que quisiera rescatar por unos días de retiro en el convento de las Agustinas. ¿Querría usted darme una carta para facilitarme la entrada en el convento, que sé que sólo se abre por recomendación? He aquí cien libras para su iglesia... »

Ninguno me la negó.

— Sin duda los habrá decidido esa liberalidad. Sin embargo, si hubiesen sabido quién eras...

— ¿Me crees tan necia como para ir á presentarme á ellos como siendo Teresa Vignon? De haberlo hecho

así, hubiéranme rociado de agua bendita las pobres gentes. Al contrario, les he ocultado cuidadosamente mi personalidad, haciéndome pasar por una tal señora de Thibault, rica rentista residente en provincias. No me han pedido más detalles.

— Y tenían razón. Las cien libras son suficiente documentación.

— Luego, provista de sus cartas, no he tenido más que llamar á las puertas de Picpus, para que en el acto se abrieran de par en par ante mí.

— Has tenido maña, Teresa. ¿Pero, por qué dices que tu empresa va mejor encaminada que la mía?

— Porque ya sé cómo he de arreglarme para salir de aquí con la que me ha designado la señora de Coislin; y todo con la misma facilidad que si fuera á darme un paseíto.

— La verdad, me gustaría saberlo, pues tal vez pudiera aprovechar el medio.

— Si quieres, lo puedes. Vas á verlo. El día que llegué al convento, entablé amistad con una anciana monja conversa, encargada de la cocina, sor Benita, sobre la cual me esforcé en adquirir gran imperio para conseguir dominarla. Esto no me costó gran cosa : sor Benita es de imaginación cándida rayana en misticismo, y pasaba el tiempo ocupada en penetrar el sentido tácito de las Escrituras, de las que confesaba no entender una palabra.

« Aprovechando su ingenuidad, propúsele ayudarle, y empecé á explicarle con abundantes comentarios de mi cosecha, cuantas cosas se le antojaban oscuras,

es decir, con un embrollo más oscuro todavía; pero que la deslumbró y la hizo creer que poseía yo la ciencia infusa.

« Reiteraré mis explicaciones siempre que se presentaba la ocasión, y cuando vi que pasaba á sus ojos por un ser casi sobrenatural, le dirigí el siguiente discurso :

« — Querida hermana, ya que es usted la única persona de este lugar con quien he podido tener conversaciones edificantes, voy á confiarle un secreto.

« Yo he viajado mucho y he visitado numerosos países extranjeros, impulsada por el deseo de estudiar los diversos cultos que se rinden á Dios en la superficie del globo.

« He discutido los sagrados misterios con los boncios en China, con los brahmanes en las Indias, con los muftis en Turquía, los popes en Rusia y otros muchos más. En el curso de esas excursiones lejanas es donde he adquirido la suma de conocimientos que me ha permitido aclarar sus dudas. Pero el mayor bien que he traído es un regalo que me hizo un sacerdote de Vichnú para premiar mi fervor en escucharle.

« Ese digno siervo de la trimurti india, venerable anciano más que octogenario, al verme próxima á abandonarle, me habló de este modo :

« — Hija mía, estoy tan emocionado por la respetuosa sumisión que me ha demostrado usted durante su estancia junto á mí, que, antes de separarnos para siempre, voy á hacerle un don que no he hecho aún á mortal alguno. Es un elixir que tiene la virtud, en

cuanto se absorben unas gotas, de producir un éxtasis durante el cual, el alma, desprendida de su envoltura material, se eleva hasta las regiones etéreas y entrevé la divinidad en su supremo esplendor. De todos modos, este elixir, cuya composición, que yo solo conozco, es el fruto de sesenta años de investigaciones, no obra más que en los « creyentes », y no en los reacios á la verdad. Usted, que es de los primeros, puede usarlo con toda confianza; su acción se dejará sentir sin esfuerzo en su alma.

« Dicho esto, dióme un frasquito lleno de una sustancia verdosa y me invitó á probarla cuanto antes. Le obedecí, y la misma noche, antes de entregarme al sueño, vertí en un vaso de agua, como él me había prescrito, un poco de elixir. Á las dos horas poco más ó menos, caí poco á poco en un sublime deslumbramiento que me transportó, en espíritu, hasta el trono de Dios, á quien tuve la insigne dicha de contemplar en medio de sus legiones seráficas.

« ¡ Era aquello una felicidad que ninguna palabra podría describir !

« Pues bien, hermana — le dije — á fin de agradecer los atentos cuidados de que me han rodeado desde que estoy aquí, desearía hacer por usted y por sus compañeras lo que el buen anciano hizo por mí, es decir, proporcionarles la dicha de ver á nuestro divino Maestro en toda su gloria. Pero, como no puedo conseguirlo sino por mediación de una tercera persona, será menester que usted me secunde. ¿ Quiere usted ?

« Sor Benita, que no había dudado un solo momento

de la veracidad de mi cuento exótico, se puso, como es de suponer, á mi completa disposición.

« Entonces — continué yo. — He aquí cómo debe proceder. En primer lugar, tiene que jurarme que no hablará á nadie de esto, pues si sucediera que las hermanas dudasen de la virtud del elixir, éste no produciría ningún efecto.

« Después — añadí, así que la buena mujer me hubo jurado guardar el secreto, — como ustedes son numerosas y que, naturalmente, no bastarían algunas gotas para todas, verterá usted todo el contenido del frasco en la bebida que suele servir para la cena, ya que la noche es más propicia que el día para permitir que el alma vuele hacia lo infinito.

« Al mismo tiempo, le entregué un frasquito que contenía un narcótico enérgico.

— ¡Caramba! — exclamó Rigoberto.

« — He calculado — añadí aún, — que como la cena se efectúa á las siete y la última oración á las nueve, podrán asistir á ésta antes de sentir los síntomas precursores del éxtasis, en vista de que se necesitan unas dos horas para que empiecen á revelarse. De ese modo, no se interrumpen sus ejercicios piadosos.

« ¿Queda convenido, querida hermana?

« Aseguróme sor Benita que se amoldaría exactamente á mis instrucciones y que, la noche siguiente, haría uso del precioso líquido.

« Ahora bien, como esta conversación se desarrolló ayer, es, pues, hoy, cuando, ha hecho tomar el narcótico á toda la comunidad. »

— ¿Estás segura?

— Segurísima. Y no sólo porque ella me lo ha dicho, sino también porque yo misma he podido convencerme durante el recitado de la oración á que asistía.

No había una sola hermana que no estuviera medio dormida, sin exceptuar á Luisa Moutier y á Blanca de Nevers.

Y tanto, que es absolutamente igual que si estuviéramos solos en este lugar.

Podrían demolerse las paredes, y nadie oiría el menor ruido, pues los efectos de mi licor no cesarán hasta hora bastante avanzada de la mañana. Por eso te decía, al enpezar nuestra conversación, que no teníamos miedo alguno de ser vistos ni oídos.

— De ser oídos, no; pero vistos, podría ser; porque queda el tío Tanguy que, si es sordo, tiene en cambio buenos ojos.

— ¡Bah! También él ha debido beber el elixir; puesto que vive de la comida del convento.

— Puede ser.

— Ya ves, pues, que somos dueños del lugar.

— En ese caso, según lo que acabas de decirme, mi tarea está muy simplificada. Yo, que me torturaba la imaginación para saber cómo podría cumplirla, veo que ahora nada hay más fácil; y podré salir de Picpus con mi niña, sin tropezar con el menor obstáculo.

— Como yo con la mía... y hasta por la puerta principal. He aquí la llave, que he ido á buscar al locutorio, donde estaba colgada — añadió Teresa, enseñando un

enorme cilindro de hierro que hubiera podido servir de maza de armas.

— En este momento, junto á la entrada, me espera con una carroza un criado de la señora de Coislin, y, cuando, hace un rato, me has visto hacer una seña por cima de la tapia, desde la escalera adonde me había encaramado, era para decir á ese hombre, que yo sabía que estaría ahí, que se acercase con objeto de recibir en su vehículo á la señorita que tiene que conducir... á la cual no tengo más que ir á sacar de su cama y trasladarla suavemente hasta la carroza.

— ¿Y adónde tienes que llevarla?

— Primero, al castillo de Chevreloup, residencia actual de la señora de Coislin. Desde allí, la enviarán probablemente al Parque de los Ciervos.

— ¿Al Parque de los Ciervos? ¡Quita allá! No la admitirán, querida. Ese establecimiento es propiedad particular de Madama de Pompadour, y sólo entran en él las que ella envía. La directora, señora Bertrand, tiene órdenes muy rigurosas acerca de esto.

— Querido Rigoberto; para formar parte de la casa, estás poco enterado de lo que allí ocurre. Sabe, pues, que la señora Bertrand es mujer muy lista y está al corriente de todas las intrigas de la corte. No ignora que la favorita está á punto de ser destronada por la marquesa de Coislin y que, de verificarse este cambio, sería ésta quien mangonearía en el Parque de los Ciervos. Así es, que procurará estar á bien con todos, y cuando la de Coislin le pida que deje entrar secretamente en el serrallo del rey á una joven odalisca por

ella elegida, estamos seguros de que no se negará á hacerlo, á pesar de las severas órdenes de que tú hablas.

— No sabía yo tanto... y si la cosa llegase algún día á oídos de Lebel...

— ¡Bah! Supongo que no irás tú á contárselo...

— Claro que no. En definitiva, lo mismo me da servir á una que á otra; lo esencial es que continúen empleándome y que remuneren mis servicios según su mérito.

— Desde luego. Pero basta ya de hablar: hace veinte minutos que estamos aquí sin hacer nada, y el tiempo pasa. Si, como parecías estar decidido, quieres aprovechar la ocasión que se ofrece esta noche para cumplir tu misión, date prisa, pues dentro de media hora será de día... ¿Y, á propósito? ¿tienes tú también coche?

— No; yo tengo una barca. En cuanto me apodere de la señorita de Nevers, la llevo hasta el Sena, que está á un cuarto de hora de aquí; luego, me embarco con ella en una lancha cuyo batelero es de los nuestros y que debe llevarnos hasta Saint-Cloud. Allí tomaremos una carroza para ir á Versalles. Sería imprudente atravesar la ciudad, aunque sea á esa hora, en semejante compañía; porque, si se antojase á la casualidad que la joven fuese reconocida por cualquier amigo entretenido por las calles de París, se produciría un escándalo ruidoso y difícil de arreglar. Tratándose de Luisa Moutier, la cosa tiene menos importancia y comprendo que no tomes grandes precauciones.

— Haz lo que quieras. Yo voy á buscar mi chiquilla.

— Y yo la mía. ¿Es en esta ala donde vive?

— Sí, en el primer piso. Esa ventana que ves ahí es la de su cuarto. No puedes equivocarte : la escalera da justamente en frente.

— Bueno, gracias ; no me costará gran trabajo encontrarla.

Los dos cómplices se separaron.

III

DOBLE RAPTO

En tanto que Teresa Vignon se dirigía hacia el edificio principal, Rigoberto penetraba en el ala izquierda del convento, de donde antes de diez minutos volvía á salir llevando en brazos un cuerpo ligero y ondulado, completamente inerte.

Era el de Blanca de Lagardère Nevers.

— Menos mal — murmuró el miserable — que se había acostado vestida, de lo contrario hubiera tenido que llevarla en un traje algo primitivo ; lo cual hubiera sido un tanto molesto, hay que confesarlo, para mi modestia. ¡Hacer un trayecto de seis leguas con una señorita en camisa!... ¡Y qué linda es! — exclamó, mirando con ojos llenos de codicia las encantadoras facciones de la joven. — ¡Ah! ¡lástima no estar en el puesto del rey!... ¡Vendería mi alma al diablo, si preciso fuera, por ser dueño de semejante tesoro!...